

# El Caribe y la conexión afroatlántica

---

## Antonio Benítez-Rojo

Los primeros días de este año trajeron la triste noticia del fallecimiento, en Estados Unidos, del extraordinario narrador y ensayista cubano, Antonio Benítez Rojo (1931-2005), amigo y colaborador de *Encuentro* desde la fundación de la revista. A pesar de la valiosa obra de ficción y pensamiento de Benítez dedicamos nuestro número 23, en el invierno de 2001. Ahora compartimos con nuestros lectores este ensayo, donde vuelve a interrogarnos el autor de *La isla que se repite* (1989) con sus arduas preguntas: ¿qué es el Caribe? ¿Una porción de mar que escapó al Golfo de México? ¿Un Mediterráneo americano? ¿Una laguna afroatlántica? ¿Un lugar discernible de la cultura occidental?

Benítez Rojo, como es sabido, no sólo fue el primer académico cubano que atisbó la cultura caribeña desde la perspectiva de la filosofía posmoderna. Antes que eso, antes de su propio exilio en 1980, fue un narrador deslumbrante que, como el mejor Carpentier, supo entrelazar historia y ficción, tiempo y fábula. Ahí están, para confirmar esa mixtura, sus dos grandes novelas históricas, *El mar de las lentejas* (1979) y *Mujer en traje de batalla* (2001), además de las decenas de cuentos que conforman *Tute de reyes* (1967) y *El escudo de hojas secas* (1969), parcialmente recogidos en la *Antología personal* (1997), editada por la Universidad de Puerto Rico.

Tanto la obra narrativa como la ensayística de Benítez Rojo merecerán en el futuro ediciones apropiadas y estudios sosegados. Por lo pronto, cabe a *Encuentro* el orgullo de haber publicado ocho textos suyos —cinco ensayos y tres ficciones—, escritos durante los últimos años de su vida, y de dar a conocer en ésta y otras entregas que vendrán, una muestra del legado inédito de ese clásico contemporáneo de la cultura cubana y caribeña. Leamos, pues, a Benítez Rojo, como si aún nos acompañara, día a día, desde su casa y su cátedra en Amherst College, Massachusetts.

**E**N EL PREFACIO A SU LIBRO *SIX DEGREES: THE SCIENCE OF A CONNECTED AGE* (*SEIS grados: La ciencia de una época conectada*), Duncan J. Watts dice:

Si este período particular de la historia de la humanidad tuviera que ser caracterizado de manera sencilla, podría ser como uno en que el mundo está conectado más intensamente, más globalmente y a la vez más inesperadamente que

en cualquier época del pasado. Y si esta época, que llamo la «época conectada», debe ser comprendida, debemos aprender primero a cómo describirla científicamente; esto es, necesitamos una ciencia que estudie las redes de conexiones<sup>1</sup>.

Después de aclarar que la «época conectada», por su enorme complejidad, no puede ser estudiada a través de ningún gran modelo en particular ni de alguna disciplina específica, Duncan Watts nos entusiasma al decirnos que los resultados derivados del estudio de las conexiones entre distintos sistemas nos pueden dar a conocer muchas más cosas que si analizáramos estos sistemas directamente, por separado. Más aún, si establecemos conexiones con discursos que caen fuera del campo de nuestra especialidad profesional, bien por razones geográficas, históricas o disciplinarias, aprenderemos mucho más de lo que sabemos de nuestra propia especialidad. Naturalmente —advierte Watts—, la nueva ciencia está limitada por el estado actual de desarrollo en el que se encuentran las distintas disciplinas, de modo que no hay que esperar milagros, aunque sí sorpresas.

El título *Six Degrees* responde a la obra teatral de John Guare titulada *Six Degrees of Separation* (*Seis grados de separación*)<sup>2</sup>, en la cual un personaje afirma haber leído que todos los que habitamos el planeta estamos separados de los demás por sólo seis personas. Esto se comprende mejor si recordamos las llamadas «cadenas», a través de las cuales recibíamos un mensaje que debíamos enviar a un número dado de personas, quienes a su vez, individualmente, debían hacer lo mismo con el mismo número de individuos, y así sucesivamente. Piénsese que si en el primer grado de separación contactamos a cien personas, el segundo grado nos conectará a diez mil y el tercero a un millón.

Con la intención de aumentar mi conocimiento sobre la novela caribeña, campo que cae dentro de mi especialidad, conectaré la novela que habla de la esclavitud africana, bien con ira o bien con compasión, a novelas afroatlánticas de temática semejante. Las razones que me mueven a explorar esta conexión son las siguientes. En primer lugar, entiendo lo caribeño, en su dimensión sociocultural, como producto resultante de la plantación esclavista, ya corresponda ésta a las Antillas o a su periferia continental; esto es, a lo que podría llamarse el «Gran Caribe». Este grupo de novelas, escritas dentro de sociedades esclavistas, se extiende a lo largo del siglo XIX desde Cuba hasta el Brasil. En cuanto a conectar tales obras con el sistema de la novela afroatlántica, nada más natural, ya que el Caribe puede verse como uno de los lados de un triángulo geográfico que, dibujado sobre el Atlántico por las rutas comerciales, unió durante siglos los continentes de Europa, África y América. Vienen a la mente los llamados «viajes triangulares», en los que barcos europeos intercambiaban en África textiles, barras de hierro y abalorios por esclavos, que, a su vez, eran vendidos en el Caribe por azúcar y otras mercancías de plantación.

Considerando que el término «cultura afroatlántica», desde su utilización por John Thornton<sup>3</sup> en 1992, suele referirse al mundo de la diáspora africana —lo africano en ambas orillas del Atlántico, incluyendo las expresiones culturales criollizadas en América—, debo aclarar que aquí mi uso es considerablemente más extensivo. Tomando como base la gran importancia dada a la

plantación esclavista y a la economía y la cultura atlánticas en las obras de Williams, Thompson, Mintz, Thornton, Salow, Curtin, Blackburn, Knight, Thomas y Gilroy, entre muchas otras, pienso que es posible hablar de una verdadera época afroatlántica. Piénsese que entre los siglos xv y xix se gestó no sólo un sistema interactuante de culturas híbridas e identidades nacionales a ambos lados del Atlántico, sino que, paralelamente al tráfico de esclavos, se popularizó en Europa el consumo de azúcar, ron, café, tabaco, algodón, arroz, añil y otras mercancías de plantación, cuyo impacto global en el mundo moderno aún no ha sido determinado. En mi opinión —repito— atraviesa el discurso afroatlántico no sólo lo referente a los cambios provocados por la plantación esclavista en la naturaleza y en las sociedades de África y América sino, además, un haz de discursos metropolitanos, imperiales si se quiere, que van desde los correspondientes al desarrollo científico, tecnológico y comercial, hasta los que hablan de historia, esclavitud y diferencias sociales, de artes y literatura. En esto parto de la sugerencia que hace Edward W. Said en *Culture and Imperialism*:

Al volver la vista hacia el archivo cultural del mundo, empezamos a releerlo no de una manera unívoca sino contrapuntística, con la doble conciencia de las historias metropolitanas que éste narra, así como de las otras historias contra las cuales aquellas fueron escritas. En el contrapunto de la música clásica occidental, varios temas son tocados unos sobre otros, de manera que sólo un privilegio provisional es dado a cualquiera de ellos en particular; sin embargo, en la resultante polifonía hay orden y concierto, una interrelación organizada que se deriva de los diferentes temas... El discurso de la dominación, pienso yo, actúa de la misma manera. Podemos leer e interpretar las novelas inglesas, por ejemplo, cuyo compromiso, generalmente suprimido, con las Antillas o la India, digamos, es construido y tal vez determinado por las historias específicas de la colonización, de la resistencia, y finalmente del nacionalismo nativo. Llegado a este punto, surgen nuevas alternativas que pueden ser institucionalizadas o llegar a ser estables entidades discursivas<sup>4</sup>.

Aclarado este punto, al conectar las novelas abolicionistas del Gran Caribe al sistema de la novela afroatlántica, enseguida observo un resultado sorprendente: las primeras novelas abolicionistas escritas dentro de las literaturas en lengua inglesa, francesa y española no fueron escritas por hombres sino por mujeres. (Eso sin perjuicio de que obras como *A Escrava Isaura* (1875), del brasileño Bernardo Guimarães, y *Cecilia Valdés* (1881), del cubano Cirilo Villaverde, hayan disfrutado de gran éxito en nuestro tiempo, particularmente en sus adaptaciones a otros medios). Su cronología es como sigue: 1688: Aphra Behn publica en Londres *Oroonoko, or The Royal Slave - A True Story*; 1795: Madame de Staël publica en París *Mirza, ou lettre d'un voyageur*; 1823: Claire de Duras publica en París *Ourika*; 1841: Gertrudis Gómez de Avellaneda publica en Madrid *Sab*; y en Estados Unidos se publican: en 1851, *Jamie Parker, The Fugitive*, de Emily Catharine Emerson; en 1852, *Uncle Tom's Cabin*, de Harriet Beecher Stowe; en 1856, *Autobiography of a Female Slave*, de Martha Griffith

Browne; en 1859, *Our Nig*, de Harriet E. Wilson (primera novela publicada por una mujer negra), y escrita entre 1853 y 1861, *The Bondswoman Narrative*, de Hannah Crafts (primera novela de una esclava fugitiva).

El hecho de que las primeras novelas antiesclavistas fueran escritas por mujeres, habla de una temprana solidaridad de la mujer con el esclavo. Es de notar que todas sus autoras vivieron, bien en lugares donde existía entonces la esclavitud, como Cuba y Estados Unidos, o bien en imperios, como Inglaterra, Francia y España, con colonias esclavistas en el Caribe. También, al estudiar estos relatos, vemos que, analizados dentro de los contextos socioeconómicos y políticos que imperaban en sus distintos lugares y fechas de publicación, no se limitan solamente a denunciar la esclavitud sino que, además, contribuyen a la formación de retóricas tanto abolicionistas como antipatriarcales que, si bien embrionarias a la luz de las teorías poscoloniales y feministas de la actualidad, deben ser objeto de seria investigación.

Es evidente que, por razones de espacio, no podré analizar todas las obras que he mencionado, y mucho menos, ofrecer una lista detallada de las conexiones que ellas establecen. Así, me limitaré a comentar sólo tres novelas. Empezaré por *Oroonoko*<sup>5</sup>.

Gracias al texto de Heidi Hutner *Releyendo a Aphra Behn: una introducción*<sup>6</sup>, me entero de que existen numerosas biografías de la autora. Vale decir que, entre 1698 y 1980, Hutner menciona doce, una de ellas publicada en 1928 por Virginia Woolf. Por supuesto, nuestra metodología, al menos en su orientación más rigurosa, aconsejaría leer todo este material biográfico haciendo las conexiones pertinentes. Aquí, sin apenas salir del artículo de Hutner, me limito a decir que Aphra Behn murió en Londres en 1689, a la edad de 49 años; que probablemente haya viajado a Surinam cuando esta colonia era inglesa, que estuvo casada por corto tiempo con un oscuro Mr. Behn que, con el nombre de Astrea o Agente 160, sirvió como espía de Carlos II en Holanda; que Aphra hablaba varios idiomas, que fue encarcelada más de una vez, que tuvo largos amores con el bisexual John Hoyle, que fue propagandista del partido *Tory*, que se codeó con la gente de pluma de su época, que fue la primera mujer inglesa que vivió de sus escritos, que su obra fue variada y extensa (incluye poesía, teatro, novela, ensayo, crítica, cartas, traducciones y artículos de toda suerte), que escribió fuera de los cánones represivos de la literatura de la Restauración, que puede ser considerada la fundadora de la novela moderna inglesa, y que, en su tiempo, mientras muchos la elogiaron como escritora, otros criticaron sus obras, particularmente las teatrales, por considerarlas indecentes y escandalosas.

En lo que toca a la trama o asunto de *Oroonoko*, puede resumirse diciendo que se centra en la infortunada historia de los amores de Oroonoko, apuesto y civilizado príncipe africano, y la bella Imoinda. Interrumpidas sus relaciones en África al ser ambos vendidos como esclavos, éstas se reanudan en una plantación azucarera de Surinam, donde Imoinda sale en estado. Oroonoko inicia una rebelión de esclavos con el plan de hacerse fuerte en alguna de las islas vecinas y luego capturar un barco para regresar a su patria, pero es vencido y

azotado cruelmente. Después de escapar a la selva con la grávida Imoinda y viendo la imposibilidad física en que se encontraba su amada, conviene con ella en matarla para luego morir peleando contra sus torturadores. Sólo que debilitado por el hambre, las heridas y el tormento de haber matado a Imoinda, es cercado por sus perseguidores. Ya apenas sin fuerzas, se abre el vientre y empieza a desdriparse, pero antes de morir es capturado. Finalmente, muere descuartizado, tormento que resiste impávidamente. La novela se propone como una historia verídica y es narrada por la propia Aphra Behn en calidad de testigo ocular. La obra fue muy popular en Inglaterra. Tuvo dos ediciones en 1688, y, además de ser exitosamente adaptada al teatro en 1695 por Thomas Southerne, fue publicada no menos de doce veces después de esa fecha. Sus versiones en alemán (1719) y en francés (1745) fueron muy leídas e influyeron en las ideas de la época. Existe una traducción al español publicada por la Universidad de Málaga en el año 2000.

La bibliografía crítica de *Oroonoko* es significativa por la variedad de interpretaciones que su análisis sugiere. Para establecer conexiones es un imperativo consultar la bibliografía anotada publicada por Jack Lynch en Internet, que incluye artículos de gran interés. En lo que respecta a mi propia lectura, coincido con otros críticos en que la obra anticipa el mito del buen salvaje, cuya introducción se suele atribuir a Rousseau, y que más tarde habría de ser repetido una y otra vez por los autores románticos de Europa y América. En realidad, el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* fue publicado por Rousseau en 1755, sesenta y siete años después de *Oroonoko*. A propósito de esto citaré, entre otros párrafos semejantes, lo que dice Aphra Behn al describir las costumbres de los indios caribes: «Y esta gente representaba para mí una idea absoluta del primer estado de inocencia, antes de que los hombres conocieran el pecado. Y se me hace evidente y llano que la simple naturaleza es la más mansa, inofensiva y virtuosa de las amantes» (mi traducción). Además de esta interesante conexión con Rousseau, que muy bien pudo haber leído la versión en francés de *Oroonoko*, salta a la vista que la obra da pie para lecturas feministas y poscoloniales. Además, el mundo de la plantación de azúcar en el Caribe, por sí sólo, provee conexiones con la economía mercantilista y con todo el complejo que se refiere al esclavo, desde su captura en África hasta su muerte en América, incluyendo la rebelión y el castigo. Por otra parte, las conexiones estrictamente literarias son de gran importancia, ya que la obra, al mediar entre el didactismo de la alta literatura correspondiente a los siglos xvii y xviii, y el interés por el cuerpo y el estilo tremendista del que gustaban las clases bajas, ofreció una nueva manera de escribir. Más aún, como sucede con el caso del buen salvaje, *Oroonoko* anticipó un sentimentalismo que habría de ser la piedra de toque del romanticismo y una ironía y un tipo de descripción que distinguirían a la narración realista. Si durante muchos años su enorme importancia y su extraordinaria influencia fueron ignoradas, fue porque su autor era una mujer y porque la crítica literaria la practicaban los hombres. Todavía se dice por ahí que el padre de la novela moderna inglesa fue Defoe, cuando en realidad Aphra Behn fue su fundadora.

No comentaré el relato titulado *Mirza*, de Madame de Staël, cuya lectura debo precisamente a mi primera búsqueda de textos abolicionistas escritos por mujeres. Debo aclarar que si decidí omitirlo en este trabajo, no fue por su escasa importancia. Todo lo contrario, al tener lugar en África la acción del relato, las conexiones que hace *Mirza* dentro de los marcos del colonialismo africano, la economía afroatlántica, la Revolución Francesa, el Primer Imperio y el movimiento romántico son tan numerosas y significativas, que habría que dedicarle un largo ensayo.

Claire de Duras (1777-1828) nació dentro de una rica familia de la nobleza francesa. Su padre, el Conde de Kersaint, apoyó las ideas radicales al principio de la Revolución y militó en el partido Girondino, pero murió guillotinado al negarse a votar a favor de la ejecución de Luis XVI. Claire y su madre, una criolla de Martinica, abandonaron Francia rumbo a Filadelfia. Tras heredar allí una crecida suma de dinero, visitaron Martinica y se establecieron en Londres, donde Claire se casaría en 1797 con un notable *émigré*: el Duque de Durfort, más tarde Duque de Duras. Después de su retorno a Francia, mientras su marido desempeñaba importantes funciones en la corte de Luis XVIII, Claire tuvo en un apartamento del Palacio de las Tullerías, uno de los principales salones literarios de la época. Fue allí donde, después de contar la desgraciada historia de la negra Ourika como un asunto verdadero, decidió escribirla en forma de novela. Impresa en una reducida edición de lujo hecha por la Imprenta Real para ser leída por sus amistades, fue publicada anónimamente en 1823, convirtiéndose en un instantáneo éxito de librería. Alcanzó dos reimpressiones durante el primer año de su publicación, siendo traducida de inmediato al inglés (1824) y al español, idioma en el que fue publicada en París, en ediciones independientes en los años 1824 y 1825. Fue adaptada al teatro y admirada por intelectuales tan diferentes como Saint-Beuve, Chateaubriand, Goethe y Humboldt. Además, Victor Hugo le dio crédito en el capítulo primero del libro tercero de *Los miserables*, donde al recoger los acontecimientos más significativos del año 1817, dice: «En su *budoir* amueblado por X en satín azul cielo, la Duquesa de Duras leía la inédita *Ourika* a tres o cuatro amigos».

*Ourika* comienza con la siguiente cita de Lord Byron, una interesante conexión: «*This is to be alone, this, this is solitude!*»<sup>7</sup>. Después de una breve introducción donde un médico explica que el relato que se leerá le fue contado por una joven monja negra, enferma de depresión, a quien asistió en un convento del Faubourg Saint-Jacques. La historia que cuenta la monja en primera persona es, por supuesto, la historia de Ourika. Comprada en su temprana niñez por el gobernador de Senegal, éste viaja a París y se la entrega a su tía, una viuda de alcurnia. Criada y educada con esmero como cualquier niña blanca de la nobleza, Ourika llega a los quince años sin darse cuenta de las desventajas sociales que afrontan las personas de su color. Un día, al escuchar que su nombre es pronunciado en la conversación de su protectora con una amiga, se entera de que ningún hombre blanco se casaría con ella y que jamás tendría hijos. Su destino sería vivir aislada. Por un momento piensa en un regreso a África, pero se da cuenta de que su exquisita

educación la separa de la tribu donde nació. Durante los inicios de la Revolución guarda esperanzas de que ésta condene el prejuicio racial y una nueva sociedad la acoja como ciudadana de primera clase, pero la Revolución pasa y los tiempos napoleónicos traen la sangrienta guerra de Saint-Domingue y el odio al negro. Enamorada de Charles, un nieto de su protectora con quien había compartido la niñez, no sólo le oculta su amor sino que usa continuamente guantes y sombrero de ala ancha con velo negro para ocultar el color de su piel. Finalmente, Charles se casa con una rica heredera y ella, enferma y atormentada, decide refugiarse en la vida conventual. La narración termina abruptamente con la muerte de Ourika, cuando el médico explica que ninguno de sus medicamentos pudo curarla.

Considerando que la trama de *Mirza*, la narración de Madame de Staël, ocurre en África, puede decirse que *Ourika* fue la primera novela que muestra a una heroína negra en Europa. También tiene a su crédito haber sido la primera novela narrada por la voz de una protagonista negra, la primera novela que muestra un conflicto amoroso interracial, y la primera novela donde un escritor o escritora de la raza blanca intenta entrar en la mente de un personaje negro. La denuncia del prejuicio racial que hace Claire de Duras pareció en su época tan sincera, que gran parte del éxito que tuvo *Ourika* se debió a que muchos pensaban que, lejos de ser la obra de una elevada aristócrata, era una muestra de la propaganda abolicionista. En cualquier caso, la importancia de las conexiones que sugiere *Ourika* son tremendas: la literatura del romanticismo, el tráfico de esclavos, la discriminación del negro en la metrópoli, las ideas abolicionistas en la Revolución Francesa, la Revolución Francesa en sí misma, el impacto de la Revolución Haitiana en Francia, la política del Primer Imperio, las contradicciones ideológicas dentro de la Restauración, la sicología del discriminado, la alteridad, en fin, una lista de conexiones que incluiría hasta la moda, ya que durante un tiempo fue moda femenina y parisina llevar un sombrero *à la Ourika*.

Mis últimos comentarios van dirigidos a *Sab*<sup>8</sup>. Considerando que tanto la vida como la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda son bastante conocidas tanto en España como en todas las Américas, y muy particularmente su novela *Sab*, me limitaré a establecer unas pocas conexiones. Los críticos han hablado bastante de la presencia literaria de Rousseau, Chateaubriand y Hugo en la novela. No hay duda de que la descripción de los aborígenes cubanos que ofrece la Avellaneda corresponde con la de Rousseau, que ya vimos tiene su inicio en el *Oroonoko* de Aphra Behn. Claro, uno podría preguntarse si la Avellaneda leyó alguna vez la versión francesa de esta novela. Después de todo, su autora era una mujer de sentimientos abolicionistas igual que ella. Además, el nombre del rival de Sab es Enrique Otway, coincidiendo el apellido con el de Thomas Otway, teatrista relacionado con Aphra Behn. Pero aun cuando no haya sido así, existe una conexión de segundo grado entre *Sab* y *Oroonoko*, al menos en lo que toca al buen salvaje. En cuanto a la influencia del *Bug-Jargal* de Hugo, no cabe la menor duda. Si esta obra fue leída en torno a 1830 por los miembros del círculo de Domingo Delmonte —seguramente la edición de

1826—, quiere decir que había llegado a Cuba y, por lo tanto, la Avellaneda, que dominaba el francés, pudo leerla antes de su viaje a España en 1836. Esto no excluye una posible lectura en Burdeos o en Sevilla, ya que *Sab* parece haber sido escrita entre 1836 y 1839. En cualquier caso, el asunto de *Sab* se aproxima mucho al de *Bug-Jargal*. En ambas novelas hay un negro que se enamora de una blanca, que a su vez está prometida a un blanco, cuya vida es salvada por el negro como sacrificio a su amor. Eso sin contar que la acción de ambas obras ocurre en islas del Caribe y en plantaciones esclavistas. Pero ¿cuáles son las conexiones de *Bug-Jargal*? En primer lugar, las novelas de Walter Scott, de quien Hugo era devoto. Esto en el sentido de encajar a un personaje ficticio dentro de una conocida situación histórica, preferiblemente militar. Por su repercusión en Francia, la Revolución Haitiana le venía como anillo al dedo al joven escritor. Además, las obras de Moreau de Saint-Méry proveían una valiosa información sobre la geografía y la vida social y cultural de la colonia. ¿De dónde le llegaría la idea del conflicto amoroso interracial? Pienso que de *Ourika*. Ya vimos que Hugo incluyó a la obra y a su autora entre los sucesos significativos del año 1817, esto es, tres años antes de que escribiera la primera versión de *Bug-Jargal*. Pero la novela de Claire de Duras no sólo sirvió de conexión a Hugo. Pienso que también le sirvió a la Avellaneda, y esto no sólo por tratarse de una obra abolicionista escrita por una mujer. Si cotejamos las tristes reflexiones de Sab sobre su condición y la imposibilidad de obtener el amor de Carlota, veremos que se acercan mucho a las que hace Ourika sobre el impedimento que representa su color ya no sólo para casarse con Charles, sino también para llevar una vida social a la que tenía derecho por su educación y su calidad humana. Repárese también en que las muertes de Sab y Ourika son idénticas. Ambos mueren de soledad, desesperanza y tristeza.

Para terminar, quisiera señalar que si bien el conjunto de obras que he mencionado sólo se refiere a la literatura de ficción, tal conjunto puede ser conectado a relatos testimoniales de mujeres esclavas. Por ejemplo, el de Mary Prince, la primera mujer del Imperio Británico que narró su vida después de escapar de la esclavitud. Nacida en Bermuda hacia 1788, fue vendida varias veces. Trabajó duramente en los campos de Bermuda, en las salinas de las islas Turcas y en una plantación de Antigua. Tanto sus amos como sus amas fueron extremadamente crueles con ella, azotándola por cualquier falta cometida. Llevada a Londres en 1828 para servir a sus amos, escapó de la casa, refugiándose en la Moravian Mission House en Hatton Gardens. Semanas después fue a trabajar como criada en casa de Thomas Pringle, miembro de la Sociedad Abolicionista. A instancias de Pringle, contó su historia, la cual fue transcrita y publicada en 1831 bajo el título de *The History of Mary Prince, a West Indian Slave, Related by Herself*. La obra puede leerse en una edición ampliada a cargo de Moira Ferguson, publicada en 1997 por la prensa de la Universidad de Michigan. Fue llevada a la televisión y al radio por la BBC de Londres.

Para concluir, quisiera volver a la observación de Duncan Watts de que los resultados derivados del estudio de las conexiones entre distintos sistemas nos pueden dar a conocer muchas más cosas que si analizáramos estos sistemas

directamente, por separado. Así, al menos yo, al conectar *Sab* y otras narraciones abolicionistas del Gran Caribe con el sistema de la novela afroatlántica, he podido constatar la presencia de una temprana retórica profeminista enunciada en tres idiomas donde la mujer, subyugada por el poder patriarcal de la época, establece una alianza afectiva con el esclavo y reclama tanto la liberación de éste como su propia liberación. Deseo también llamar la atención sobre la utilidad de observar lo caribeño dentro de los contextos afroatlánticos, conexión que nos llevará a poseer un conocimiento del Caribe mucho más denso y profundo del que tenemos hoy. En lo que toca a la literatura, no cabe duda de que al leer las obras literarias europeas desde y junto a las caribeñas, surgen nuevas posibilidades interpretativas, nuevas perspectivas que se caracterizan por establecer nuevos órdenes. Además, teniendo a la vista los discursos más agresivos de la globalización, la conexión afroatlántica ofrece posibilidades de resistencia global que no deben ser desestimadas, como es el caso de la novela abolicionista hecha por mujeres. Como dice Duncan Watts, «Lo que la ciencia de las conexiones sí puede hacer ahora, es ofrecernos una diferente manera de pensar el mundo, y al hacerlo, ayudarnos a observar viejos problemas bajo una nueva luz»<sup>9</sup>.

**1** W. W. Norton & Co., New York/London, 2002. pp. 13-14.

**2** Guare, John; *Six Degrees of Separation: A Play*; Vintage Books, Nueva York, 1990.

**3** Thornton, John; *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World 1400-1900*; Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

**4** Said, Edward W.; *Culture and Imperialism*; Vintage Books, New York, 1993. p. 51. (Mi traducción).

**5** Behn, Aphra; *Oroonoko, or the Royal Slave*; Norton, Nueva York, 1973.

**6** Hutner, Heidi; *Rereading Aphra Behn: An Introduction*, en: Heidi Hutner (editor); *Rereading Aphra Behn: History, Theory, and Criticism*; The University Press of Virginia, Charlottesville / London, 1993. pp. 1-13.

**7** Duras, Claire de; *Ourika*; Des Femmes, París, 1979.

**8** Avellaneda, Gertrudis Gómez de; *Sab*; Cátedra, Madrid, 1997.

**9** Watts, Duncan J.; op. cit., p. 16.